

el 80 % de los productos de los bienes de propios a la adquisición de obligaciones del ferrocarril de esta Villa a la de Quintanar de la Orden, sobre lo cual se hizo un expediente "por lo muy importante que era para la Villa terminar dicha línea en construcción, debiendo auxiliar a la compañía constructora".

Sobre el anterior acuerdo referente al ferrocarril de Alcázar a Quintanar, la llamada "Vía del Hambre", al no haber podido socorrer a los labradores en la sementera, ya concluída, que era su fin principal, volvieron de su acuerdo de inversión pues a la vía en sí no se le veía porvenir de ninguna clase.

Era el año 68 y en esas circunstancias de excepción, el Sr. Alvarez Guerra, que no era un espíritu ponderado precisamente, tomó una decisión trascendente, la de darle a la Estación entrada por el Paseo, teniendo en cuenta que a la población le es muy conveniente, decía, que por la Compañía del Ferrocarril de Madrid a Zaragoza y Alicante se abra la entrada a la Estación por el Paseo del mismo nombre, sitio muy indicado porque para entrar en ella hoy se da una gran vuelta, no siendo su paso mejor, especialmente en el invierno, que aquel se pone intransitable. Fue acuerdo librar orden esa misma noche al Jefe de Estación previniéndole que en todo el día siguiente, si estuviere en sus atribuciones, cuidara de que quedara abierta la referida entrada, pero no debió hacerse o se cerró de nuevo, porque los chicos de mi época tuvimos ocasión de entrar muchas veces por la rinconada de la calle de la Estación.

Pero prosigamos estudiando hasta el fin.



SUCEDIDOS

En el pueblo de los molinos, un pastor, como los de Belén, iba con el ganado por una vereda que cruzaba la vía por un paso a nivel en los tiempos primitivos del ferrocarril.

El pastor no se dió cuenta del tren, que llegó cuando ya había pasado la mitad del ganado y le mató tres o cuatro ovejas. Siguió la vereda y se encontró con un arriero que lo había visto todo y le dijo al pastor: —¿Qué te ha pasado?

—Na, chico, que el tren me ha matao 4 ovejas. Y porque venía derecho que si viene atravesao me las mata toas.

Rafaelito el sombrerero, personaje de colmado andaluz, menudo, pinturero y dicharachero, bien conocido de los lectores, aunque no tanto como de la gente de su tiempo, acababa de perder hasta la pelusa en la mesa de monte del Casino.

Soubriet lo estaba viendo, tan marchosillo, con su capita de "ala de mosca" y sin perder la compostura.

De pronto, con aquel aplomo cínico que tenía y aquella resolución, manifiesta hasta en la voz, exclamó:

—¡Alto! ¿Se puede retirar un casado? Con ese nombre se conocía una de las posturas del juego aludido.

Peinado dejó de tallar y contestó muy amable:

—¡Claro, Rafael! ¿Cual es tu postura?

—No, dijo Rafaelito, el casado que se retira soy yo. Hasta mañana. Y salió embozándose a lo mosquetero entre las risas de la timba